

Sergio Castillo o la Resurrección

Un gran poeta español me aseguraba hace pocos días, con la seriedad y la contundencia de lo que acaba de pensarse, que en arte no hay principio, ni imaginación, ni siquiera inspiración. “Desengáñate -me decía- en arte no hay más que resurrecciones”. Estas palabras me vienen ahora a la memoria mientras contemplo la más reciente obra de Sergio Castillo, el coloso de la escultura chilena, traído a nuestro país, como otros tantos compatriotas suyos, por los avatares políticos. En efecto, sus hierros -o sus fierros como dice él- son antes que nada y fundamentalmente una verdadera resurrección. De viejas vivencias, aparentemente olvidadas, de deseos, de rebeldía, de indignaciones, de tristezas... Pequeños Guadianas que se tragan la tierra del alma y vuelven a aparecer en el momento más inesperado. Y se hacen formas, se convierten en estatuas. Como la mujer de Lot; por su ansiosa curiosidad, por su bendita capacidad de asombro, por la sinceridad de su meditación.

Y así, en tierras americanas, parten, milagrosamente, todos los días, todas las horas, todos los instantes, ante los admirados ojos de los estudiantes de la Universidad, esas cincuenta palomas de hierro, volando una y otra vez hasta el infinito, ¿hacia Alabama?, en vuelo majestuoso y ejemplar, calladas y acusadoras, poéticas y tensas, esas cincuenta palabras de paz escapadas de la boca de Martin Lutero King antes de que la muerte violenta lo convirtiera en símbolo, esos cincuenta reflejos, angustiados y esperanzados, de la mirada clara y cansina de Sergio Castillo. Y así se convierten también en Purísima gavillas, provisionales y eternas, esos destellos de luz inaprensibles, retenidos por obra y gracia de su oficio, chispazos cegadores esparcidos por la llama de su soplete, que inunda de blanco y azules deslumbradores su pequeño taller de El Escorial, en el que tantas horas hemos conversado con un vaso de Cariñena en la mano. Y así se estiran y se aúpan sobre su propia contingencia esas ave-fénix purificadoras, puntiagudas para rasgar el tiempo que las separa de cenit, incansables, con la constancia y la monotonía de lo imperecedero. Y esos sexos femeninos, húmedos, carnosos y maternos, hechos flor en manos del artista, flores tropicales abiertas a la tentación del polen, principio de un mundo nuevo, un mundo hecho, como todo el universo castilliano, de palomas, destellos, fecundidad y vivencias.

¿No es acaso un serio y admirable monumento resurreccional, ese homenaje al gran presidente desaparecido?. Monolito dorado, sólido y majestuoso, hecho de líneas rectas, estructuras, un tanto secas y marciales, con las entrañas abiertas, como una herida de metralla, o quizá de nostalgia, o quizá una herida de amor, dejando en la desolación trágica de su silencio un apretado órgano de tubos simétricos, como arterias cerradas y aparentemente inútiles, que esperan de pie, firmes una nueva sangre vivificadora, una nueva resurrección.

Escuchemos con infinito respeto, casi de puntillas, ese grito profundo de dolor y de valentía del artista. Meditemos su enseñanza. El verbo, en esta ocasión, se hizo hierro.

Jaime Salom. 1977.

Poeta y dramaturgo español.